
Lecturas de Motecuzoma, revisión del proceso de un cobarde

Guy Rozat*

Desde hace siglos bibliófilos, bibliógrafos y coleccionistas diversos han intentado construir a su manera una cierta historia del libro. El mercado del libro raro, antiguo o prohibido —objeto de extrañas pasiones bibliófilas, cuyos precios se fijaban según criterios ambiguos y fluctuantes: de escasez, moda e intereses diversos —necesitaba para ordenarse una incipiente historia del libro. En este mundo de la bibliofilia erudita la intervención del historiador, aunque podía existir a veces como individuo amante celoso del libro-objeto, solía ser en general marginal.

Pero desde hace algunos años, con la explosión jubilosa de una nueva historia del libro, la presencia del historiador se ha hecho fundamental. El libro ya no es sólo un objeto de curiosidad, ya no es sólo fuente para la historia, sino también fuente de historia, como lo han demostrado los trabajos de los últimos treinta años, entre los cuales podemos citar los de H.J. Martin, Roger Chartier, E. Eisenstein, Robert Darnton, etcétera.

Para alguien que como yo ha tenido siempre esa extraña y dolorosa pasión de poseer libros, un simposio como éste abre grandes expectativas, y el programa de este encuentro hace eco a su vez de lo extraordinariamente amplio de este nuevo campo de estudio recientemente

sometido a la mirada del historiador, tanto que me hubiera gustado intervenir en diferentes mesas, ansioso de departir con otros estudiosos, maniáticos o correligionarios de la historia del libro.

¿“Lectura”?

Cuando escribimos “lecturas” es evidente que entendemos algo que no sólo se sitúa en el nuevo campo de los finos y fascinantes análisis recientemente desarrollados sobre la manera como se practicaron libros y documentos desde el siglo XVI. Lo que nos ocupa más allá de esta extraordinaria relación física y mental que se teje con lo escrito desde la generalización de lo impreso, es la lectura como proceso global, como creadora de sentido, de interpretación y de identificación colectiva.

En una palabra, nos gustaría mostrar en acción cómo la mirada que se fija sobre un texto produce inevitablemente un nuevo texto, que sólo una ilusión “positivista” arcaica puede considerar como *el texto*. Cómo la toma en consideración de los fenómenos de creación de este nuevo texto, original, efímero e históricamente explicitable relativamente, interpela al historiador actual obligándolo a repensar, a la luz de todos los estudios recientes, sobre el libro y la lectura, el muy trillado *no hay posibilidad de historia más que desde el presente*.

¡“Ave Motecuzoma”!

Nos gustaría presentar, a través del análisis

* INAH, Veracruz.

de los relatos de la figura de Motecuzoma, dos maneras de acercarse a los textos, dos maneras de leer, de practicar unos mismos textos: los relatos de la conquista y destrucción de Tenochtitlan. Intentando mostrar cómo la confusión en el siglo XX entre las estrategias de lecturas de estos textos, practicadas en los siglos XVI y XIX, producen callejones sin salida en las interpretaciones sobre este fundamental momento historiográfico.

El hecho de haber escogido la figura de Motecuzoma no proviene de una voluntad sistemática (y a veces ambigua) de borrar las categorías de buenos y villanos en la historiografía nacional, sino que nos pareció, ante todo, que el discurso estructurado alrededor de la figura de Motecuzoma tanto en el siglo XVI como en el siglo XIX es central para evidenciar el funcionamiento, los límites y las ambigüedades del discurso histórico nacional actual.

Retrato de un cobarde

Reconstruir el modelo retórico de Motecuzoma contenido en la historiografía nacional actual es recordar, para los mexicanos, e incluso para algunos extranjeros, imágenes bien conocidas grabadas desde la escuela primaria. Estas imágenes están casi siempre marcadas con un signo negativo. Al hacer algunas rápidas encuestas se revela que estas imágenes son además extrañamente confusas en el recuerdo colectivo e individual: Motecuzoma, último tlatoani, Motecuzoma el débil, el supersticioso, el antiguo y valeroso guerrero vencido por el miedo a los dioses blancos, símbolo ambiguo de la incapacidad moral y material de los naturales para oponerse a la “superioridad” de los invasores, herida todavía abierta en el corazón de sus hijos mexicanos.

Contra estas imágenes ambiguas, dolorosas para la identidad colectiva nacional, extrañamente, los sectores intelectuales progresistas (que dicen identificarse con las masas indígenas) jamás han intentado elaborar un conjunto de imágenes diferentes, coherentes y generadoras de una identidad menos castradora, pe-

leando sólo sobre detalles y pocas veces sobre la lógica discursiva en acción. Probando así que, detrás de esta lectura que propone la historia nacional, hay algo más profundo que diferencias “ideológicas”.

Por eso cuando Miguel León Portilla pretendió sacar a flote “una visión de los vencidos” que intentaba “recuperar” una palabra perdida u ocultada, el conjunto de los actores culturales desde la derecha hasta la izquierda magnificó su “trabajo” sin ir más allá —en el mejor de los casos— de una crítica sobre pequeños detalles, o de algunos gestos de humor espectaculares. La visión de los vencidos se transformó rápidamente en visión oficial y aún más extraña y velozmente, sin oposición, en la visión nacional. Y Motecuzoma fue definitivamente catalogado como traidor, primitivo y cobarde.

El fiscal Prescott. Sensibilidad romántica y afirmaciones imperiales

La primera explicación psicologizante de la acción del emperador azteca es definitivamente una interpretación moderna y se debe al historiador romántico norteamericano William H. Prescott. Y aunque un sector ultranacionalista se pueda ofender, no queda ninguna duda de que la visión oficial actual de la actuación de este personaje fundamental para la conquista se debe a la pluma y al genio de un extranjero, y de uno de los peores, “un gringo”.

Por eso nos parece importante detenernos un instante sobre el retrato de Motecuzoma que proponía a sus lectores el potente libro del historiador Prescott: *Historia de la conquista de México*, cuyo éxito desde su aparición y durante un siglo ha marcado y sigue determinando la interpretación global que los mexicanos tienen de su historia.

Un buen debut: Motecuzoma emperador y soldado

Motecuzoma fue elegido para la dignidad real en 1502 por sus “relevantes cualidades como soldado y sacerdote”. Con este juicio rotundo

Prescott empieza el retrato del tlatoani azteca. Así su reinado empieza aparentemente bajo buenos augurios con un soberano completo que conjuga en su persona las cualidades de la reflexión con las de la acción:

En [...] la primera parte de su vida, tomó parte activa en las guerras, en las últimas se había consagrado exclusivamente a los servicios del templo y era escrupuloso en asistir a todo el molesto ceremonial del culto azteca.¹

La religiosidad del rey tiene algo de ambiguo, nos parece indicar el texto de Prescott, porque si está bien que un joven sea respetuoso de sus creencias, fuente de la moral, el exceso religioso, para un rey se asemeja más a una debilidad que a una cualidad. Incluso Prescott va un poco más lejos e insinúa que en esta actitud religiosa hay algo de raro, no acusa directamente a Motecuzoma de fariseo, sino deja entender que su actitud es ambigua:

observaba una conducta grave y reservada, hablando poco y con prudente deliberación. Su porte era bien calculado para inspirar las ideas de una elevada santidad.²

Cuando se le quiso comunicar su elección, se le encontró barriendo las escaleras del gran templo[...] y[...] recibió a los mensajeros con la más profunda humildad confesando su incapacidad para desempeñar un puesto de tanta responsabilidad.³

Fue Nezahualpilli, el sabio rey de Texcoco, quien lo felicitó, y su discurso “que se ha conservado” (*sic*) no deja lugar a dudas, Motecuzoma es el mejor candidato posible. Efectivamente, una vez entronizado el rey, desplegó “toda la energía y espíritu de empresa que se había esperado de él.”

El regreso de su primera expedición guerrera victoriosa será celebrada con una pompa inusual durante varios días. Entonces, vemos aparecer ya en Motecuzoma tendencias a la

egolatría y al fanatismo religioso. Estos festejos fueron tan inauditos que incluso los enemigos “naturales”, los tlaxcaltecas, a pesar de los riesgos, quisieron asistir en secreto. Informado el rey, no intentó nada contra ellos, y como gran político, al contrario, les hizo dar los mejores lugares donde pudieran admirar atónitos con toda comodidad su triunfo y la expresión del poder del nuevo tlatoani.

Así la primera parte de la vida del monarca se desarrolla bajo el signo de la victoria; Motecuzoma manda personalmente a sus ejércitos y lleva ondeante “la bandera azteca desde el Golfo de México hasta Nicaragua y Honduras, y como salía siempre victorioso, los límites del imperio se dilataron de manera extraordinaria”.

Motecuzoma no es sólo un guerrero con suerte, sino también un gran estadista que atiende con constancia a la reorganización del reino, se preocupa por la calidad de la justicia impartida, vigila él mismo, disfrazado o con estratagemas, a los funcionarios reales. Urbanista, remodela la ciudad que embellece, construye nuevos templos, calzadas, nuevo sistema de agua, y no es ingrato con sus valientes soldados quienes hicieron posible la grandeza del imperio, estableciendo un hospital o asilo para los soldados inválidos...

La paranoia de Motecuzoma

Pero estas incontestables dotes de líder, “dignas de un gran príncipe”, “fueron desvirtuadas por otras de carácter opuesto”; su humildad se reveló en gran parte falsa y llena de oportunismo político. El carácter real del emperador se evidenció: una arrogancia intolerable invadió su alma e impuso alrededor de su persona un modo de vivir pomposo, desconocido por sus antecesores, obligando en público al homenaje más humillante, exigiendo ser servido en su palacio exclusivamente por personas de los rangos más altos, aun en los oficios más serviles. Para llevar a cabo estos cambios “despidió a plebeyos, soldados pobres, de mérito” que ocupaban puestos en el palacio desde tiempo atrás.

Esta actitud, abrupta y poco política, a pesar de las opiniones de sus consejeros, sabios y ancianos, le enajenaba día a día a más sectores de la población, y como con sus nuevos lujos el gasto de la corte creció desmedidamente tuvo que imponer “gravosos impuestos” que recaían naturalmente sobre las ciudades apenas conquistadas, de tal manera que la situación social general se hizo más tensa en todo el imperio:

esta opresión ocasionaba frecuentes resistencias e insurrecciones, tanto que los últimos años de su reinado presentan un cuadro de no interrumpidas hostilidades, en las cuales, una mitad del imperio se ocupa en mantener las conmociones de la otra.⁴

Moteczuzoma no supo aprovechar su buena fortuna militar unificando al imperio, sino al contrario, su política autocrática le granjeaba odios y rencores, hasta el punto de que

cuanto más se extendía el imperio azteca, más se debilitaba, asemejándose a un vasto y mal proporcionado edificio cuyas dislocaciones materiales, no teniendo principio de coherencia y vacilando bajo su propio peso parecen prontos a caer al primer soplo de la tempestad.⁵

Así, según Prescott, en vísperas de la llegada de Cortés y los suyos la situación era políticamente delicada: el pueblo disgustado por la arrogancia del dirigente, las provincias y ciudades lejanas oprimidas por el fisco, todo esto se conjuntaba para presagiar una posible explosión; no es extraño entonces que cada enemigo del emperador esperara la hora de la revancha, “la hora en que podrán asaltar con ventaja a su rival”. Los ritos se suceden celebrados con una pompa y una magnificencia cada día creciente. La religión invade todo, se consultan los oráculos para los asuntos más triviales y los “dictámenes de los sanguinarios dioses son aplacados con hecatombes de prisioneros traídos a la capital”.

El primer esbozo del retrato de Moteczuzoma se termina con esta frase cargada de futuras amenazas: “la religión o para decir mejor la superstición de Moteczuzoma fue la causa principal de sus desgracias” y las de su imperio. Conclusión que hubieran saboreado los hombres de las luces como la disfrutaron sus herederos liberales.

La caída del monstruo

En lo que respecta a la acción de Moteczuzoma frente a la intromisión española, Prescott pone en escena una cultura bárbara que si bien había logrado salir del salvajismo y alcanzar cierto grado de desarrollo, seguía dominada por su mentalidad prelógica, con una gran hipertrofia de lo sagrado, característica esencial de “la mentalidad primitiva”, como lo teorizarán las ciencias antropológicas algunas décadas después de elaborada la obra de Prescott.

Para él no hay duda de que el regreso de Quetzalcóatl es “una opinión general” y que esta convicción, presente “en todos los antiguos historiadores” del siglo XVI definirá el cuadro en el cual se desarrollaron las acciones del rey frente a la invasión.

Esta convicción del regreso de los dioses recibe el apoyo de una serie de presagios y eventos extraordinarios que Prescott resume rápidamente, y que todos conocemos bien hoy a través del libro de Miguel León Portilla. El resultado de estos presagios es interpretado trágicamente por Moteczuzoma:

el monarca azteca, aterrorizado con las apariciones celestes, fue a tomar consejo del sabio Nezahualpilli, muy consumado en la artificiosa ciencia de la astrología...⁶

pero éste no podrá más que confirmarle lo que se murmuraba: el fin del reino mexica se acercaba.

Aunque Prescott le da cierto crédito a estas señales, sugiere más bien que las transformaciones radicales provocadas por la presencia española en el Caribe y en el Darién habían pre-

parado ya la resurrección de leyendas sobre el regreso de Quetzalcóatl. Así, cuando llega la noticia al Altiplano de que los españoles han llegado a las costas del Golfo —las “asombrosas” apariciones de hombres blancos que llevan en sus manos el trueno y los relámpagos— en el Anáhuac cunde el pánico rápidamente.

Prescott reconoce la poca relevancia significativa de dichos presagios, pero añade que eso sería no contar con la

imaginación exaltada del tlatoani que hace que acontecimientos no muy extraños en sí mismos, vistos por el opaco medio del temor, eran fácilmente convertidos en prodigios.⁷

Y cuando Motecuzoma supo del desembarco de Grijalva su

corazón se oprimió de desmayo. Sintió como si el destino que había estado suspendido tanto tiempo sobre la descendencia real de México fuera a cumplirse y el cetro hubiera de salir de su casa para siempre.⁸

Pánico en el Anáhuac

Atemorizado e indeciso, el tlatoani no logra establecer una línea de acción clara. Con medios irrisorios Motecuzoma intenta parar la marcha de los españoles. El emperador piensa por un instante que los guerreros tlaxcaltecas los detendrán. Pero, vencedor Cortés del encuentro, “volvieron sus temores supersticiosos con toda su fuerza”, continuando con “su pusilánime política”; “la infortunada víctima de la superstición” pretende impedir la llegada de los barbudos con embajadas y regalos o hechiceros.

El fin del imperio

El monarca sigue preso “de los más funestos temores” y cuando es informado de que los españoles están en medio valle

se extinguió en su corazón hasta el último vestigio de esperanza[...] estaba demasia-

do oprimido su espíritu para poder ordenar sus pensamientos y aún comprender su situación...⁹

En un exceso de desesperación intenta huir de toda responsabilidad, se encierra en su palacio, rehusa tomar alimentos y busca en las plegarias y en los sacrificios una salida... pero los oráculos habían enmudecido. La última sesión del consejo no logrará tampoco conseguir la unanimidad y desde este momento Tenochtitlan será una ciudad abierta.

Una vez que Cortés llegó a la capital, el personaje del tlatoani se fue borrando poco a poco, y a partir del primer encuentro es el personaje de Cortés el que aparecerá como el nuevo amo del Anáhuac. La figura del emperador va desapareciendo, acepta humillación tras humillación, el precio de su errónea política.

Cortés intentará convertir al tlatoani, para lo que desplegó “todos sus conocimientos teológicos con los atractivos encantos de la retórica”, pero no logró que su mensaje penetrara en el fanatismo supersticioso de Motecuzoma, a pesar de haberlo recibido a través del “modulado y suave acento de Marina”:

La elocuencia del predicador no pudo ganar el insensible corazón del real agente. Sin duda perdió algo de su eficacia al ser comunicado por la imperfecta interpretación del neófito tan reciente como la joven india, pero las doctrinas eran demasiado abstractas en sí mismas para poder ser comprendidas de un golpe por el rudo entendimiento de un bárbaro.¹⁰

Cuando lo arrestan se nota la misma falta de carácter, Motecuzoma se pone “pálido como la muerte” y “el débil raciocinio en que se apoyaba con una profunda admiración”, le impide llamar a su guardia y defender lo que le resta de honor. Es él incluso quien voluntariamente calma a sus seguidores que quieren oponerse al arresto, “sellando así una ignominia con una declaración que privaba a sus súbditos de la única excusa para resistir”.

Según Prescott el espíritu de Motecuzoma es el sitio de una desbandada psicológica y no tendrán fin las ignominias que él aceptará. Cuando Cortés, inseguro en una ciudad cada vez más hostil, pone los grillos a los pies del tlatoani,

este último insulto anudó la lengua de Motecuzoma, hallábase como aquel a quien un fuerte golpe priva de todas sus facultades intelectuales. No opuso resistencia, pero aunque no habló palabras, los profundos suspiros y mal reprimidos sollozos en que de cuando en cuando prorumpía, manifestaban las angustias de su espíritu,

hasta que finalmente “supo que no era rey”. El colmo de la ignominia será alcanzado cuando Cortés le quita sus atributos reales, y ya definitivamente “acobardado”, sólo pensará “en manifestarse agradecido al que le devolvió su libertad, como si le dispensara un grande e inmerecido favor”. Faltaba ratificar el cambio de poder, al cual “no puso ninguna objeción en convocar a sus principales caciques al efecto”. ¡Alea jacta est!

Defensa de Motecuzoma el inspirado

Pero la lectura de Prescott y muchas de las posteriores, entre las cuales tenemos que incluir a la de Miguel León Portilla en su famosa “Visión de los vencidos”, son sólo un tipo de las lecturas posibles de estos textos del siglo XVI y XVII.

Si intentamos una lectura teológica de estos textos es evidente que lo que deben manifestar es el relato del fin de la capital azteca, la profecía de la destrucción, la catástrofe necesaria e ineludible (y de todas maneras ya realizada cuando se redactan los textos en cuestión), preludio al fin del reino de Satanás sobre América.

De la misma manera que Jerusalén fue destruida para que se manifestara el pasaje de la ley mosaica a la ley evangélica, Tenochtitlan

tiene que ser destruida, y esta destrucción marcará para siempre la ruptura cualitativa en tierra americana entre el antes y el después, entre el culto de los ídolos, diabólico, y el culto cristiano.

Si alguien tiene que ser sensible al plan de dios sobre América como lo quiere la historia salvífica, es Motecuzoma. Ninguna duda cabe de que el rey, aunque todavía pagano, es el primer informado; está más cerca de dios, aun cuando aparezca vestido con la piel del desollado que acaba de sacrificar a los ídolos. Por eso los textos se hacen explícitos sobre la firmeza religiosa de Motecuzoma: él, el estadista, el guerrero siempre victorioso, busca acercarse más y más a sus dioses, se humilla frente a ellos, les hace fiestas, los obedece. Sólo le falta conocer al verdadero dios para ser realmente un santo varón (según los criterios medievales occidentales) y dios recompensará la constancia de su búsqueda. El dios único ve con ojos favorables su piedad natural y su celo religioso y por eso decide hacerlo su agente, su profeta.

Sólo Motecuzoma conoce, es él el único vidente, pero el sentido de lo que ve está todavía sellado: sabe de los presagios, recuerda las antiguas profecías, huellas antiguas con las cuales dios anunciaba su llegada. Teme pero no sabe lo que va a ocurrir, ni cuándo, ni cómo, sólo sabe que algo, grande, terrible y maravilloso está por llegar a tierras de su imperio.

En esta búsqueda, en la construcción de la interpretación, pide ayuda, pero como nadie puede dársela, esta soledad refuerza aún más su angustia y su confusión.

Según Alvaro Tezozomoc Motecuzoma pregunta a los nigromantes:

¿Habéis visto algunas cosas en los cielos, o en la tierra, en las cuevas, lagos de agua honda, ojos, puentes o manantiales de agua, algunas voces como de mujer dolida o de hombres, visiones, fantasmas y otras cosas de estas?²¹¹

Pero estos nigromantes, a pesar de todos sus poderes sacados de su comercio con el demonio, no son capaces de leer los signos de su

propia destrucción. No pueden ver ni entender lo que preocupa, lo que angustia al vidente del señor, de la misma manera que no fueron capaces de “ver” todo lo que Motecuzoma vio en la cresta del ave extraordinaria del séptimo presagio del texto de Sahagún: “pero ellos, queriendo dar la respuesta se pusieron a ver; desapareció [todo]: nada vieron”. Símbolo más claro todavía en Muñoz Camargo: “se desapareció el pájaro, y así no pudieron dar ningún juicio ni pronóstico cierto y verdadero...”¹²

Los signos son sólo signos para Motecuzoma, el único vidente, y esta soledad lo llena cada día de más ansiedad, porque no sabe dónde buscar ni a quién para calmar la extraña agitación que turba su alma. Persiste en interrogar a los nigromantes y pregunta: ¿lo que va a venir es algo del orden de lo humano, de lo natural, de lo previsible, habrá manera de enfrentarlo?

Pero la respuesta de los nigromantes es muy firme, que Motecuzoma no se haga el tonto, lo que ha de venir es algo mucho más importante que todo eso. Sensible al fervor religioso y a la angustias de su profeta, dios tendrá piedad de su desorientado agente. Este recibe un primer nivel de respuesta por la que le dan los nigromantes, a su vez tocados por el espíritu de profecía a pesar de sus crímenes diabólicos. Por fin empiezan a develar lo que se viene:

¿Qué podemos decir? Que ya está dicho y tratado en el cielo que será, porque ya se nombró su nombre en el cielo, y lo que se trató de Motecuzoma, que sobre él y ante él, ha de suceder y pasar un misterio muy grande.¹³

Que Motecuzoma tenga paciencia, próximamente el gran misterio será revelado. Motecuzoma no sabrá más, porque cuando quiso volver a interrogarlos (“que esto que ha de venir o de suceder, de donde ha de venir, de el cielo o de la tierra, de qué parte, de qué lugar, y que cuándo será...”¹⁴) los nigromantes desaparecieron de la cárcel, sin que nadie los viera, mostrando así su evidente carácter diabólico.

Motecuzoma defraudado deja explotar su

cólera y hasta la violencia de su venganza es profética: así será después de la realización del gran misterio (la evangelización), no quedará nada del antiguo orden de los ídolos. El dios vengador habla por la boca de Motecuzoma, no quedará nada de estos nigromantes, ni familia, ni descendencia, “ni piedra sobre piedra” de sus casas. Así desaparecerán los estafadores al servicio de la mentira.

En resumen, de este primer borrador del retrato teológico de Motecuzoma podemos decir que en él está la presencia de dios, y si está habitado por cierto temor, es temor a dios, virtud fundamental del sabio que lo hace acreedor de las virtudes del vidente, alcanzando así a entender parte del plan de dios sobre América. De la misma manera, Balam, otro sacerdote de los ídolos, hombre justo y religioso como Motecuzoma, fue inspirado por Yahvé sin conocerlo y no se opondrá a la entrada de los israelitas a la tierra prometida como se lo pedía su legítimo señor, el rey de Moab.

Esta presencia asimila a Motecuzoma a los grandes reyes bíblicos que fueron, además, profetas.

La revelación

El segundo tiempo fuerte de la constitución discursiva del mito cristiano de fundación de América se organiza con la “llegada” de los invasores que marca el principio del cumplimiento de las profecías, cuando Motecuzoma está informado de que algo acaba de ocurrir. La “Crónica mexicana” reporta cómo:

a pocos días vino un macehual de Mictlancuauhtla, que nadie lo envió, ni principal ninguno sino solo de su autoridad. Luego que llegó a México, se fue derecho al palacio de Motecuzoma y díjole: señor y rey nuestro, perdone mi atrevimiento. Yo soy natural de Mictlancuauhtla, llegué a las orillas de la mar grande y vide andar en medio de la mar una sierra, o cerro grande que andaba de una parte a otra y no llega a las orillas y esto jamás lo hemos visto.¹⁵

De golpe, Motecuzoma sabe que su angustia va a tener respuesta y se queda casi mudo de felicidad o de estupor doloroso y responde parcamente “sea norabuena, descansa”.

¿Quién es este hombre del pueblo que se pone en movimiento por su propia voluntad, y no solamente se atreve a presentarse al palacio del tlatoani, sino que es recibido y escuchado por él con atención sin atenerse a la rigurosa etiqueta que nos describen los mismos textos?

Está claro que el texto no pretende aquí en ningún momento dar cuenta de la primera información de la llegada de los españoles a las costas del Golfo, la presencia del macehual se inscribe en la cadena de los “signos”, y no en el de la ocurrencia histórica. Incluso este mensajero es mucho muy extraño:

y este indio que vino con esta nueva, no tenía orejas, que era desorejado, tampoco tenía dedos en los pies, que los tenía cortados [...] extraño mensajero, pero a la altura del mensaje que lleva.¹⁶

Motecuzoma envía febrilmente a sus mensajeros para confirmar la noticia y obtener más informaciones,

que vayan a ver que si es verdad que andan por la gran mar, no se qué, ni lo que es, que lo vayan a ver y qué es lo que guarda y encierra la mar del cielo...¹⁷

Los emisarios reales informados de que sí efectivamente “andaban como dos torres o cerros pequeños por encima de la mar”, suben a un árbol donde observan a los recién llegados, “y desde allí los estaban mirando como cogían pescados”.

Los enviados reales vuelven a la brevedad posible a dar cuenta de su misión a Motecuzoma.

Llegados a México fuéronse derechos al palacio de Motecuzoma a quien hablaron con la reverencia y humildad debida. Dijéronle: “señor y rey nuestro, es verdad que han venido no se que gentes, y han llega-

do a las orillas de la gran mar, los cuales andaban pescando y otros con una red que echaban. Hasta ya tarde estuvieron pescando...”¹⁸

Después describen a los españoles, color, vestidos, barbas, caballos; escuchando todo esto “Motecuzoma estaba cabizbajo, que no habló cosa ninguna”. El rey, pensativo, se quedó en silencio “un gran rato”.

Aquí la visión primitivista, psicologizante, insistirá en las imágenes empleadas en estos textos: las torres, las montañas que flotan en el mar como reflejo de la conciencia indígena, nacida del miedo y del extrañamiento de las poblaciones locales que no conocían los barcos españoles. Pero el que no conozcan este tipo de barco no quiere decir que no tengan puntos de referencias marítimas: desde Cristóbal Colón sabemos que estas regiones costeras son recorridas por embarcaciones indígenas a veces muy importantes, que pueden transportar toneladas de productos diversos y decenas de pasajeros y están perfectamente adaptadas al tipo de costa y de navegación del golfo y del Caribe. Así, aquí tampoco podemos entrar en el juego de una interpretación que enunciaría cómo, a través del testimonio del macehual, los indígenas vieron por vez primera a los españoles.

En el orden simbólico deberemos tomar en cuenta, con particular atención, la “actividad” principal que está describiendo la crónica mexicana de los recién llegados, no solamente porque insiste mucho sobre ella sino porque forma parte del mensaje. No se está hablando de una trivial actividad concreta de subsistencia que podían haber desarrollado —o no— los españoles para sobrevivir en los lugares bastante inhóspitos, sino que se habla de la metáfora, la más repetida del Nuevo Testamento, cuando Cristo prefigura la acción misionera de su Iglesia: la pesca de almas.

Desde el regreso de sus emisarios, Motecuzoma es preso de una agitación febril, reúne a sus consejeros, manda hacer joyas en secreto, manda nuevos emisarios, mensajeros, etcétera; se siente lleno de una terrible y profética

impaciencia, presente que por fin va a ver lo que se aproxima.

Los textos marcan esta inflación del signo, el macehual desorejado que desaparece, las torres, los hombres pescando... que Motecuzoma interpreta como signos incuestionables de la realización de su esperanza dolorosa. Los enviados, ellos siguen ciegos, y no ven lo que "realmente" está sucediendo, sus almas están cegadas a toda revelación y ven sólo hombres pescando donde Motecuzoma presente la gran pesca de las ánimas que se aproxima sobre América. Desde este momento el movimiento se precipita y el mito se hace explícito, ya se cumplieron los signos y las profecías y se devela el tremendo misterio y al fin el alma de Motecuzoma se abre a la luz.

A la siguiente llegada de una expedición española, la de Cortés, su convicción se afirma y tiene por fin la revelación: "al saberlo, también de prisa envió mensajeros. Era como si pensara que el recién llegado era nuestro príncipe Quetzalcóatl".¹⁹

Desde este momento, según los informantes de Sahagún, Motecuzoma hará explícita su convicción a sus consejeros: "Venid acá, caballeros tigres, venid acá, dizque otra vez ha salido a nuestra tierra nuestro señor..."²⁰

Cuando en el texto los informantes de Sahagún escriben "¡ha llegado nuestro señor!", ¿qué quieren decir?, se refieren sólo a la llegada de los españoles, asimilados al regreso de Quetzal-

cóatl, o están diciendo otra cosa: "por fin llegó Nuestro Señor Jesucristo y nuestra salvación", afirmación que no se contradice con la primera sino, al contrario, las dos interpretaciones son implícitas en el texto del XVI, aunque a nuestros ojos modernos una sola aparezca en él. Los dos enunciados se autoapoyan, la realidad de la llegada de Cortés-Quetzalcóatl como realización de la Promesa de la Salvación. Por eso Motecuzoma insiste mucho en que sus consejeros vayan "a su encuentro, id a hacerle oír: poned buena oreja, a lo que os diga, buena oreja teneis que guardar", lo que significa que deben cuidar de bien recibir la Nueva Palabra que por fin acaba de llegar a América.

Conclusión

Faltaría seguir paso a paso esta escritura teológica, rica, compleja, jubilosa y triunfal de los textos de los relatos de la conquista de América. Es evidente que para nosotros solamente un tipo de lectura teológica de ese tipo de texto será capaz de ayudar a pensar de nuevo este gran encuentro americano.

Esperamos haber convencido al lector sobre la riqueza de esta lectura que proponemos de los textos del siglo XVI y que hemos desarrollado desde hace varios años en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y que se acaba de publicar.²¹

Notas

¹ William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, México, Ed. Porrúa, 1976, p. 143.

² *Ibid.*, p. 143.

³ *Ibid.*, p. 143.

⁴ *Ibid.*, p. 144.

⁵ *Ibid.*, p. 144.

⁶ *Ibid.*, p. 146.

⁷ *Ibid.*, p. 146.

⁸ *Ibid.*, p. 147.

⁹ *Ibid.*, p. 247.

¹⁰ *Ibid.*, p. 261.

¹¹ Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos*, México, UNAM, 1971, p. 13.

¹² *Ibid.*, p. 10.

¹³ *Ibid.*, p. 14.

¹⁴ *Ibid.*, p. 14.

¹⁵ *Ibid.*, p. 15.

¹⁶ *Ibid.*, p. 15.

¹⁷ *Ibid.*, p. 16.

¹⁸ *Ibid.*, p. 17.

¹⁹ *Ibid.*, p. 21.

²⁰ *Ibid.*, p. 22.

²¹ Guy Rozat, "Indios imaginarios e indios reales", *Relatos de la conquista de México*, México, Ed. Tava, S.A., 1993.

